tico desmayo toma su pluma en el panegírico del Duque de Lerma, que en cien romances clarísimos, en que, como ocurre con aquel grave tema, no da de sí la materia para mayores bellezas. Pero esto no es de este lugar, ni puede tratarse ligeramente. Baste aquí decir que Gracián puso sobre su cabeza, *Las Soledades* y *El Polifemo* y admiró el resto de la obra gongorina por añadidura. De el poeta dice que «fué cisne, fué águila. fué Fénix, en lo sonoro, en lo agudo y en lo extremado» «cisne en los concentos, águila en los conceptos, en toda especie de agudeza eminente, pero en esta de contraposiciones consistió el triunfo de su grande ingenio». En otro pasaje y como resumen de su admiración le llama «monstruo en todo». Secuela de esta incondicional adhesión es la menos justificada que manifestó hacia sus secuaces, el Conde de Villamediana quien «juntó lo sentencioso con lo crítico... y fué el único de nuestros tiempos en lo picante.» Ledesma «cuyas obras son un equívoco continuado... plausible en este género... quiso más, ser primero en él que segundo en otros», D. Antonio de Mendoza «por antonomasia el cisne cortesano» «el erudito y sazonado» Salas Barbadillo «el culto y aliñado» Hortensio.

Creo que esta nota suelta adquiría su verdadero relieve puesta en relación con otras que podrían hacerse con anteriores escritos, en especial de poemas laudatorios, tales como *El Canto de Galiope* de Cervantes, *El Laurel de Apolo* y *Las Epístolas* de Lope de Vega y otros en que no solo la amistad mueve las plumas, sino a veces en el matiz de un adjetivo, en el giro de un elogio asoma un conato de apreciación crítica.

Acaso intentemos esta labor otro día.

Una nota a las "Rimas" de Querol

Cuando Vicente W. Querol publicó sus Rimas (1877), los pocos escritores de nota que saludaron su aparición,—Alarcón, Valera, Exart,—notaron el valor de unas pocas poesías de ellas,—«A la muerte de mi hermana Adela», «En Nochebuena», «Carta a mis hermanas», «Ausente», «A un árbol», «Oración ante un Ecce Homo», —en que vertiera el poeta los más castos y acendrados afectos familiares, los que en su vida llenaron su apetencia sentimental.

Pasó el tiempo y esto se olvidó. Triunfó Núñez de Arce y tuvo escuela, y como en ella encajaban las más aparatosas poesías de Querol, estas fueron las que dieron los trazos de su fisonomía literaria, y así vino a quedar el poeta definitivamente emparentado con Quintana, de cuya rozagante y libre estrofa usara en las poesías de aparato, y con Núñez de Arce, el poeta que quiso dar a las musas representación parlamentaria.

Legítimo es este entronque, pero siempre quedarán a su margen esas y otras sencillas poesías, purísimamente líricas, reflejo de la mejor

parte de su espíritu, por las que ha de tener siempre un grupo selecto de devotos que distinga su nombre de los clamoreados en su tiempo como compañeros suyos; Núñez de Arce, Velarde, Palacio, Ferrari.....

No es el objeto de esta nota descubrir, aunque acaso no esté fuera de razón recordar, este aspecto de Querol, sino indicar una influencia evidente y ciertamente extraña.

Con razón es tenida por la obra maestra de Querol la poesía «En Nochebuena». Está escrita en estrofas de cinco versos, cuatro endecasílabos y el último de siete sílabas, libremente aconsonantados, y ha logrado dichosamente el poeta imprimirla el más fácil movimiento, adaptándola naturalísimamente al género de suaves afectos en que la poesía está inspirada. Ha desaparecido la rigidez que parece inevitable en las estrofas uniformes fatalmente artificiosas. En este caso—y en otros—Querol, muy aficionado a ellas, parece que las desarticula y deshuesa.

Este género de estrofas no es raro en nuestra poesía, pero tampoco tan frecuente que sea difícil inventariar los poetas que de ella usaron y sondear en cuál pudo hallarla Querol para adoptarla.

En la tardía, y acaso impropiamente llamada, escuela salmantina del siglo XVIII, la halló sin duda, aunque tratada con tal amaneramiento, que es difícil reconocerla en los deliciosos versos del poeta valenciano.

Más que ninguno trabajó estas estrofas Iglesias de la Casa, siendo el metro casi único de sus hoy poco leídos *Idilios*, y para mí no es dudoso que este poeta tenía presente Querol al adoptarla. Infranqueable es la distancia entre los artificiosos e insinceros conceptos de Iglesias y el calor humano que se desprende de los de Querol, pero tienen de común más que el uso de la misma estrofa, giros y modos de dicción que mejor se explican por un detenido estudio que por una eventual coincidencia.

Como ejemplo y justificación de lo dicho me fijaré en uno de los momentos más felices de la poesía de Querol, en que el correr y rematar del movimiento estrófico es idéntico.

...esas coronas que celebra
la vil lisonja, la ignorancia acata
y el infortunio quiebra.

(Querol. En *Nochebuena.)*

Don que el amor acendra, el dolor sana
y el honor engrandece.

(Iglesias. Idilio XIII.)

José M.ª de Cossío.